



Gonzalo de Aguilera Munro. XI Conde de Alba de Yeltes (1886-1965). Vidas y radicalismos de un hidalgo heterodoxo.

Luis Arias González

Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2013

292 páginas

Reseña por Dr. Antonio César Moreno Cantano

UN NOBLE AL SERVICIO DE LA PROPAGANDA DEL RÉGIMEN

Luis Arias González es, en nuestra modesta opinión, el mejor ejemplo del concepto anglicano *freelance*, es decir, un historiador que no ejerce como docente en la Universidad pero cuya abundante producción y calidad en sus trabajos es, como mínimo, igual de resaltable que la de cualquier profesor titular o catedrático universitario. Su figura, junto a los de otros excelentes historiadores *freelance* (sin que dicha adjetivación suponga ninguna carga peyorativa, todo lo contrario), que combinan la ardua tarea de la docencia en Educación Secundaria y Bachillerato (como, por ejemplo, Pedro Barruso, Eduardo Ruiz o Hernán Rodríguez...), muestran la buena salud que ofrece el panorama historiográfico español en el ámbito de los estudios de los medios de comunicación durante el primer franquismo. Los últimos trabajos del doctor Arias González van encaminados en tal sentido: la recopilación y

contextualización de las crónicas de guerra en África del periodista asturiano Alfredo García García (*Adeflor en la guerra de África, 1921, 2008*); o los prólogos a las obras de dos voluntarios británicos en la Guerra Civil española, Peter Kemp (*Mis reflexiones sobre el conflicto...*) y Thomas Wintringham (*Un capitán inglés en la Brigadas internacionales*), ambas del 2009.

A partir de ambos estudios el autor se encontró (mejor dicho, redescubrió) al capitán y oficial de Prensa franquista, Gonzalo de Aguilera Munro. Pese a la importancia de esta faceta, el lector no debe llevarse a engaños y esperar únicamente un retrato de este aspecto tan concreto, ya que uno de los grandes valores de la presente investigación es el análisis pormenorizado y detallado de la vida aristocrática, militar, política y cultural en España desde finales del siglo XIX hasta prácticamente el tardofranquismo, cronología (1886-1965) en la que se mueve el personaje biografiado.

El género biográfico, reivindicado desde los años ochenta de la pasada centuria por ilustres historiadores como Carlos Seco Serrano o José Manuel Cuenca Toribio (responsable del prólogo), ha dado sus mejores frutos en la última década a partir de las obras de Santos Julià sobre Manuel Azaña, de Borja de Riquer acerca de Francesc Cambó, la del difunto Julio Aróstegui en torno a Largo Caballero o, muy recientemente, la de Paul Preston centrada en Santiago Carrillo. Se trata, en todos los casos referidos, de trabajos ingentes y excelentemente documentados de destacados políticos, ubicados en las más altas esferas de poder, dentro de lo que podríamos calificar como “macrohistoria”. Arias González cambia de rumbo y desciende varios escalones en el mapa político de la España de la primera mitad del siglo XX para ofrecernos un cuadro exacto y complejo de un personaje más secundario y marginal (pero no por ello menos interesante): Gonzalo Aguilera Munro. Con ello ha contribuido a aproximar al gran público a aquellos personajes que, durante casi una década de guerra (ya sea interior o exterior), fueron los máximos responsables de la maquinaria propagandística de la nueva España que se fue forjando (a la fuerza) tras el golpe de Estado del 36. Este campo de investigación es uno de los grandes olvidados dentro de la historiografía española actual (sirva como excepción el prólogo de Xosé Manuel Núñez Seixas a la reedición de la obra *Cuadernos de Rusia. Diarios 1941-1942*, donde la estela del falangista Dionisio Ridruejo es puesta de nuevo en primer plano). Figuras de gran trascendencia en este ámbito han quedado marginadas y relegadas en el olvido (ya sea por desinterés o motivaciones ideológicas). Es el caso de personajes como Ramón Garriga (corresponsal de la agencia EFE en el Berlín de mayor auge del Tercer Reich y colaborador íntimo del ministro Ramón Serrano Suñer), José Ignacio Ramos (Jefe de Propaganda de FET y de las JONS en Argentina y agregado de Prensa de la Embajada española en dicho país), Juan Manuel de la Aldea (quintacolumnista en Madrid durante la Guerra Civil y agregado de Prensa en Rumanía entre 1941 y 1944), Juan Aparicio López (Delegado Nacional de Prensa de la Vicesecretaría de Educación Popular), Antonio Tovar (mano derecha de Serrano Suñer en tareas de Prensa y Propaganda)...

La reconstrucción biográfica de Gonzalo de Aguilera, como reconoce el propio autor, es “complicada debido su (s) azarosa (s) vida (s) y su compleja y contradictoria personalidad” (p. 17); unida a una visión muy crítica sobre su persona, responsabilidad directa de sus encendidas declaraciones durante su etapa como oficial de Prensa; al relato interesado de los corresponsales extranjeros en territorio rebelde y al estudio de Paul Preston sobre el mismo publicado en la revista *Historical Recovery* en 2004. Pero vayamos paso por paso. Resaltemos, en primera instancia, los rasgos más reseñables y trascendentes de su actividad pública para concentrarnos posteriormente en los aspectos más cuestionables (que los hubo).

Gonzalo de Aguilera perteneció a una familia aristocrática y militar muy vinculada a la Casa Real española. El origen británico de su madre, Mary Ada Munro, así como sus estancias en diferentes internados en el extranjero, determinaron en gran medida su posterior carácter. De esta etapa estudiantil proviene su atracción por el prototipo del *young lord*, dedicado a la vida cosmopolita, a los viajes, a la autoformación, al desapego de las obligaciones... Esta etapa es magníficamente retratada a partir de diferentes obras sobre la aristocracia europea de finales del siglo XIX y el acceso a valiosísimos archivos personales.

Entre los primeros actos reseñables del biografiado cabe destacar su participación durante la Primera Guerra Mundial en la *Oficina pro captivitis*, siendo una de sus misiones supervisar los campos de reclusos en Alemania y Austria. De esta actividad dejó un rico testimonio gráfico a partir de multitud de fotografías conservadas en el Archivo Particular Agustín Barbero (véase capítulo segundo, pp. 51-91). Dedicado con posterioridad a sus obligaciones militares (con escaso entusiasmo, como se refleja en la obra), saltará a los salones de la fama de la época por haber sido la primera persona que se dirigió por Radio en castellano a todo el país (30 de enero de 1924). Otro hecho muy llamativo de ese periodo fue su vuelo en autogiro, como copiloto del inventor español Juan de la Cierva, en 1935 en Inglaterra (sobre estos temas véanse, pp. 111-119). Este género de empresas nos desvelan la personalidad emprendedora, abierta a la ciencia y a la innovación del joven Gonzalo, bien distinta de la cerrazón de clase de sus compañeros de “gremio aristocrático” de *La Gran Peña*, un elitista club madrileño integrado por personalidades de corte conservador como José Calvo Sotelo, Primo de Rivera, José María Pemán...

Llegados a este punto cronológico una de las principales carencias que observamos en esta sobresaliente investigación es la falta de datos sobre Gonzalo de Aguilera durante el periodo republicano. En una época de cambios y rupturas, donde se exacerbaban los radicalismos políticos e ideológicos, hubiese sido muy interesante conocer su opinión ante las medidas más controvertidas de los diferentes gobiernos de la Segunda República.

El capítulo referido a la Guerra Civil (“El terrible torbellino de la Guerra, 1936-1939”, pp. 121-179) es el más novedoso, llamativo y destacable de la obra por diversas razones. Primero, porque aporta luz sobre un tema hasta ahora escasamente analizado como es el de los oficiales de Prensa. Seguidamente hace un repaso exhaustivo y actualizado (a tenor de las últimas aportaciones bibliográficas) de los principales escritos de los corresponsales extranjeros durante la guerra española. Dentro de este numeroso grupo de periodistas que recorrieron los principales frentes de combate cerca de las tropas franquistas, siendo su “sombra” el capitán Aguilera, se encontraban Peter Kemp, Virginia Cowles, Harold Cardozo, Hubert Knickerbocker, John Whitaker, Charles Foltz... Tercero, aporta una lista muy pormenorizada de gran número de corresponsales internacionales en la España rebelde. Es una herramienta de gran utilidad para futuros estudios sobre esta cuestión, pues se nos informa de su nacionalidad o del medio periodístico al que estaban adscritos.

Los diversos viajes de Gonzalo de Aguilera en el extranjero y su red de amistades que fue tejiendo como consecuencia de los mismos, su dominio de varios idiomas y su experiencia en Alemania durante la Gran Guerra le valieron para ser designado como oficial de Prensa. Su estrecha relación con el mundo anglicano, lo que sin duda constituyó un incentivo para su nombramiento, a la larga sería su mayor condena, ya que fueron los periodistas y corresponsales de dicho ámbito los que más le atacaron y dieron voz pública a sus polémicas declaraciones. Dentro de éstas, y son las que sostiene el historiador Paul Preston para arremeter contra él, se encuentran el supuesto asesinato de seis jornaleros de su finca o arengas como “vamos a matar a 50.000 en Madrid... los cogemos y los mataremos hasta el último hombre”, en alusión a dirigentes republicanos como Azaña o Largo Caballero (reproducido en pp. 128 y 161). Arias González pone en su punto exacto el contexto de cada una de estas palabras, mostrando la realidad o falsedad que las acompaña. El autor llega a diversas conclusiones muy contundentes, basadas todas ellas en un metódico estudio historiográfico y documental. Sobre el asesinato de los trabajadores de su propiedad, se afirma taxativamente que nunca se produjo. La exaltación de dicho acto no fue más que un acto de bravuconería de mal gusto ante un cuerpo reducido de periodistas extranjeros a los que quería acobardar, logrando todo lo contrario, como pudo comprobar el interesado en los reproches que le llovieron años después desde diferentes plumas foráneas. Arias González, pese a su detallada disertación del marco exacto en que se produjeron las más incendiarias declamaciones del capitán Aguilera, peca en determinados momentos de un exceso de empatía y justificación de tales palabras. Su dirigismo hacia un determinado punto de vista, resta libertad al lector y lo encamina (seguramente sin ser su pretensión) hacia un determinado parecer. Un ejemplo muy claro de este hecho lo encontramos al leer el discurso del biografiado ante el periodista John Whitaker, en el que exponía que si se suprimiesen las alcantarillas se reduciría la población “sobrante”. Para restar alcance a tan visceral juicio se rastrean opiniones de similar temática en autores tan aceptados socialmente

como Jonathan Swift (autor de *Los Viajes de Gulliver*) o Charles Dicken. En este puntual caso, lo que no resta la más mínima brillantez a esta investigación, el exceso de rigor resta objetividad en vez de clarificar.

La obra se cierra con la narración del macabro filicidio perpetrado por Gonzalo Aguilera en su vejez. Era el punto final, en palabras del autor, “a una compleja, contradictoria e irrepetible personalidad, puesto que ya procuró él –y con todas su fuerzas- singularizarse hasta el límite” (p. 271).

Trabajos como el reseñado son vitales e imprescindibles para la reconstrucción de la memoria histórica. Un investigador de rigor, como lo es Luis Arias González en letras mayúsculas, debe analizar la totalidad del pasado, sin marginar a aquellas personas que nos puedan resultar incómodas ideológicamente o poco aceptadas desde el punto de vista historiográfico. La tarea de un historiador es poner sobre el tablero todas las piezas del puzzle del pasado, le gusten éstas más o menos. Será el lector el que tendrá que colocarlas en su lugar exacto.